

EL HONOR DE ROMA

SIMON SCARROW

EL HONOR DE ROMA

Libro XX de Quinto Licinio Cato

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Honour of Rome*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: noviembre de 2022

© Simon Scarrow, 2021
© de la traducción: Ana Herrera, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputación, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6399-9

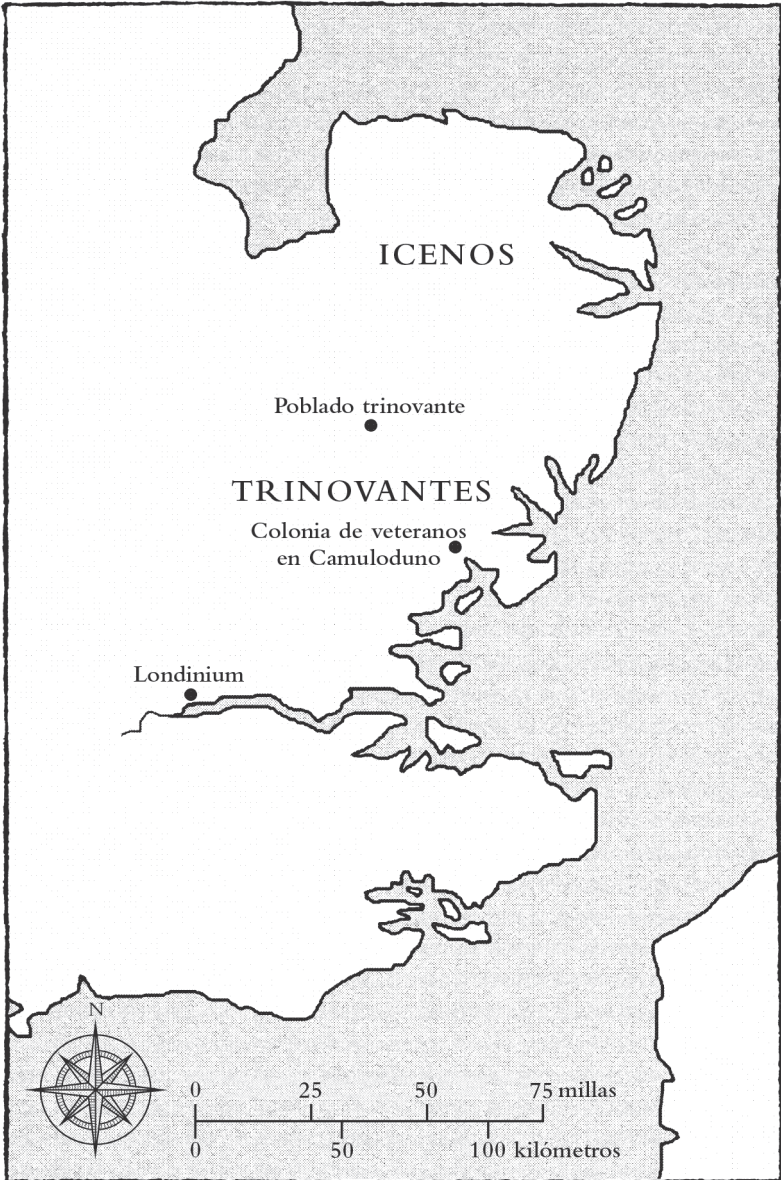
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 19973-2022

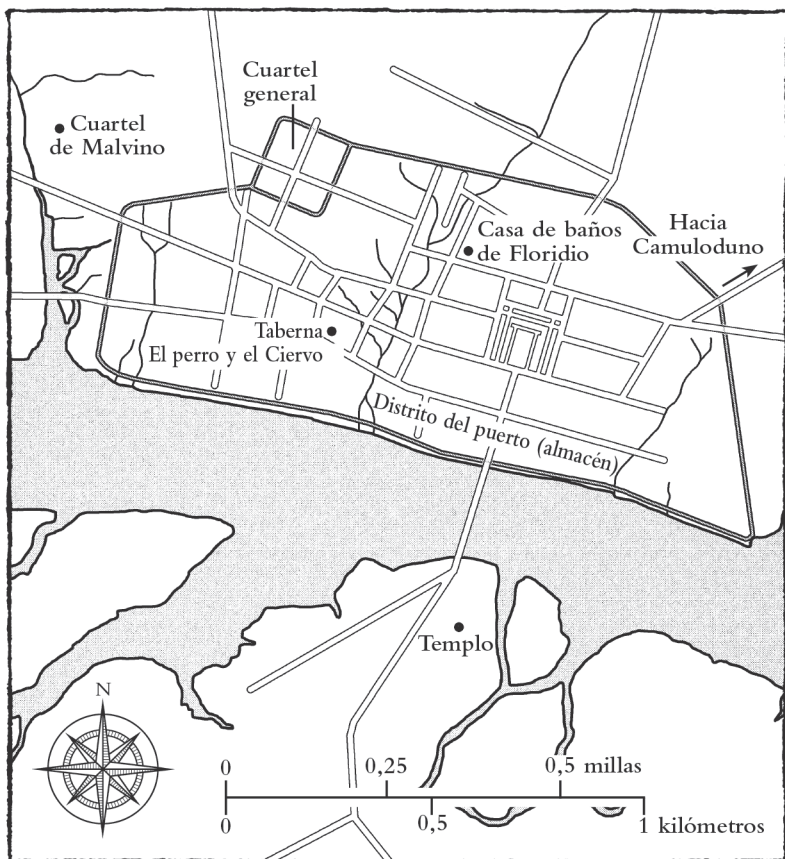
Impreso en España

*Para Jonathan Mills, que me enseñó historia
e inspiró mi amor por el tema desde entonces.*

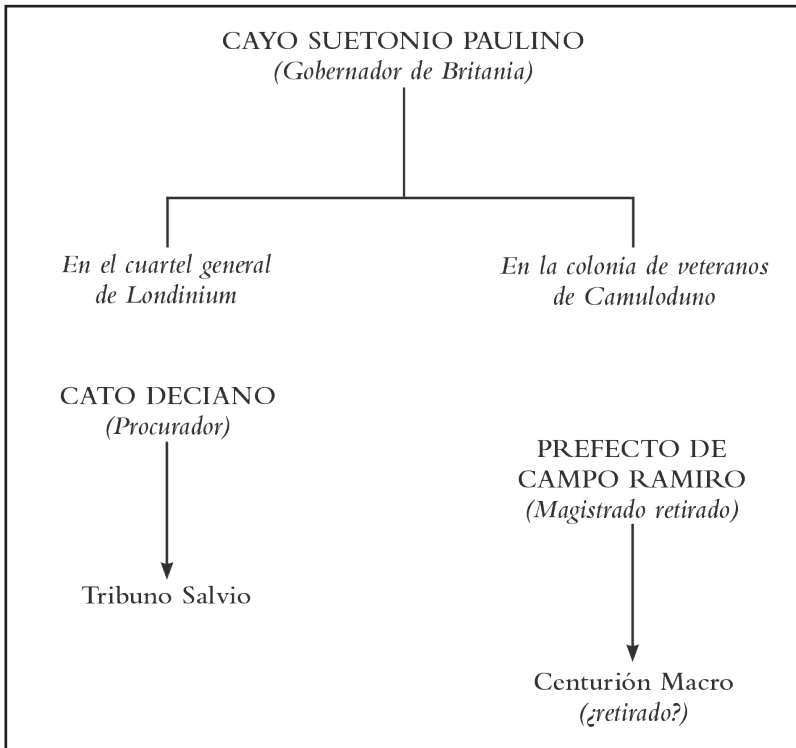
SURESTE DE BRITANIA. AÑO 59 d. C.



LONDINIUM, año 59 d. C.



CADENA DE MANDO BRITANIA, año 59 d. C.



PERSONAJES

CENTURIÓN MACRO: héroe de Roma que busca un retiro pacífico en Britania, o eso piensa al menos.

PETRONELA: mujer de Macro, que busca lo mismo.

La tripulación del buque de carga *Delfín*

ANDROCO, HYDRAX, BARCO, LÉMULO: una tripulación nerviosa que navega hacia aguas turbulentas.

PARVO: grumete del barco, con el corazón de un león.

En la posada de El Perro y el Ciervo

PORCIA: madre y socia de negocios de Macro. Una empresaria de rompe y rasga.

DENUBIO: su «manitas» y algo más.

En el cuartel general provincial de Londinium

TRIBUNO SALVIO: joven aristócrata que se propone volver a Roma.

PROCURADOR DECIANO: burócrata deficiente enviado a Britania como castigo.

GOBERNADOR PAULINO: hombre ambicioso que quiere hacerse un nombre completando la pacificación de Britania.

Las bandas de Londres

MALVINO: líder de los Escorpiones y hombre cuyas ofertas es peligroso rechazar.

PANSA: segundo al mando de Malvino.

CINA: líder de los Espadas, con ambiciones de convertir su banda en la más poderosa de la ciudad.

NASO: un Espada con una veta desagradable en su interior.

En la Colonia de Veteranos de Camuloduno

RAMIRO: prefecto de Campo retirado, con la esperanza de vivir la jubilación en paz,

CORDUA: mujer de Ramiro.

TÍBULO: oficial a cargo de un puesto de avanzada aislado que no está lejos de Camuloduno.

LAENAS, HERENIO, ANCO, VIBENIO: veteranos retirados dispuestos a entrar en combate por última vez.

CARDOMINO: un guía nativo que no se lleva bien con sus compatriotas.

MABODUGNO: anciano jefe de los trinovantes.

Realeza icena

PRASUTAGO: rey de los icenos, tristemente abatido por una enfermedad terminal.

BOUDICA: mujer de Prasutago, feroz defensora de los intereses de su tribu.

Visitantes de Roma

PREFECTO CATO: mejor amigo del centurión Macro. Un soldado consumado sin permiso para estar en Britania.

CLAUDIA ACTÉ: amada de Cato y antigua amante del emperador Nerón, que piensa que murió en el exilio.

LUCIO: hijo de Cato, de su difunta esposa.

CASIO: perro de aspecto feroz con un apetito feroz.

Y también

CAYO TÓRBULO: jefe de cuadrilla de carga, con vista para los negocios.

CAMILO: posadero del camino entre Londinium y Camuloduno.

GRACO: propietario de una curtiduría en Londinium que va a ser despellejado por las bandas.

CAPÍTULO UNO

Río Támesis, Britania, enero del 59 d. de C.

–Se aproxima un barco –dijo el centurión Macro, señalando hacia el río. Miraba por encima del agua y, mientras, los rizos veteados de gris que le caían sobre la frente se agitaron con la fría brisa. Los que estaban en la cubierta del *Delfín* se volvieron a mirar a la pequeña y baja embarcación impulsada por cuatro hombres a los remos, con otros tres sentados en la popa y uno más de pie en la proa, agarrado a un cabo para estabilizarse. Habían doblado un recodo del Támesis hacía sólo unos cuatrocientos metros y se aproximaban de prisa. Macro calculó rápidamente que pronto alcanzaría al lento buque mercante que los llevaba a su mujer y a él río arriba hacia Londinium. Aunque no llevaban armadura y Macro no veía lanzas ni ninguna otra arma, algo en la postura de aquellos hombres le provocó un cosquilleo de prevención en la nuca.

–¿Estamos en peligro?

Se volvió hacia Petronela, una mujer de recia constitución; de cara ovalada y con cabello oscuro, sólo era un poco más baja que Macro. Llevaban juntos unos años ya, y ella sabía que, aunque Macro había dejado el ejército, sus sentidos seguían muy afinados y era capaz de detectar cualquier posible amenaza.

—Lo dudo, pero es mejor estar a salvo que tener que lamentarlo, ¿no?

Dejó a Petronela aún observando cómo se aproximaba el barco y se dirigió al capitán del buque mercante en tono tranquilo:

—Quería hablar un momento contigo, Androco.

El capitán captó la alarma en los ojos de Macro, y enseñada lo acompañó hacia el lugar donde guardaban el equipaje, cubierto por unas pieles de cabra. Macro las echó hacia atrás y abrió el cerrojo del baúl que contenía su equipo. Rebuscó en el interior hasta encontrar su espada y su cinturón, que se ajustó rápidamente, de tal modo que el pomo de su espada quedase en su lugar habitual, contra la cadera. Tendió otro cinturón con espada a Androco.

—Póntelo.

El capitán dudó y echó un vistazo al barco.

—Parecen inofensivos... ¿Realmente son necesarias las armas?

—Esperemos que no. Pero, según mi experiencia, es mejor tenerlas a mano y no necesitarlas que no tenerlas y necesitarlas.

Androco tardó un momento en asimilar el comentario, y entonces se abrochó el cinturón y rápidamente lo ajustó en torno a sus esbeltas caderas.

—¿Y ahora qué?

—A ver lo que hacen.

Un sol mortecino brillaba a través de un cielo gris, nublado, iluminando débilmente el río y el anodino paisaje a cada orilla. El sonido de los remos salpicando el agua llegaba por encima de la superficie a los pasajeros a bordo del barco mercante. El bote mantuvo su rumbo y pasó a unos diez metros del barco más grande, y Macro vio que el hombre que estaba en pie a proa examinaba la cubierta y estudiaba rápida pero detenidamente el cargamento visible, para luego mirar de soslayo

a Macro y Androco. Como los demás, llevaba un manto por encima y el pelo atado hacia atrás con una correa de cuero.

Macro se aclaró la garganta y escupió por encima de la borda, y luego levantó la mano como saludo, asegurándose de que su capa se abría lo bastante para que los que estaban en el barco vieran sobresalir de la vaina el pomo de su espada.

–Hola, amigos. Una tarde muy fría para ir por el río, ¿no?

En la proa, el hombre asintió y sonrió, y al momento murmuró una orden en su propio dialecto a sus compañeros. Los hombres de los remos descansaron, y la embarcación de inmediato empezó a moverse más despacio.

–Pues sí, bastante fría –cambió a un latín con un acento muy marcado–. ¿Vais hacia la ciudad?

–Pues sí –replicó Androco–. ¿Y vosotros?

El hombre hizo un gesto río arriba.

–A un pueblo de pescadores que está a tres kilómetros hacia allá. A cenar. Que el dios del río os mantenga a salvo.

Se llevó un dedo a la frente como despedida y luego habló de nuevo en dialecto a los hombres que estaban a los remos. Éstos volvieron a esforzarse, y la embarcación saltó hacia delante y continuó su rumbo río arriba, desplazando el agua en su estela.

Androco dejó escapar un suspiro de alivio.

–Parece que no había motivo de preocupación, después de todo.

Macro mantuvo la mirada por un momento en el avance del bote, que ya se dirigía hacia la siguiente curva del río. La niebla se diseminaba por los juncos que crecían a lo largo de la orilla, y el bote desapareció de la vista incluso antes de llegar a la curva.

–No estoy muy seguro. ¿Qué razón crees que podrían tener para salir al río una tarde tan fría de invierno?

–¿Y yo qué sé? Alguien podría hacerse la misma pregunta de un capitán que cruza desde la Galia en esta época del año.

Macro pensó un momento.

–Ese pueblo que ha mencionado... ¿Lo conoces?

Androco negó con la cabeza.

–Hay varios a lo largo del río, pero ninguno tan cerca como él dice.

–¿Estás seguro?

El capitán pareció ofendido.

–Llevo comerciando entre Londinium y Gesoriaco los últimos cinco años. Conozco el Támesis como la palma de mi mano. Te digo, centurión, que el pueblo más cercano está al menos a quince kilómetros de distancia. Es verdad que quizás haya algún asentamiento al final de cualquiera de los arroyos que alimentan el río, pero ninguno que yo conozca. –Se volvió a mirar en la dirección que había tomado el bote–. Puede que tengas razón. No me gusta nada el aspecto de esos hombres.

–No me digas... –bufó Macro–. Creo que podríamos estar en peligro. No creo que sea seguro que nos detengamos para pasar la noche.

–¿Navegar de noche? –Androco meneó la cabeza–. Ni hablar.

–Decías que conocías el río...

–A la luz del día, sí.

–Pero es el mismo río de noche –replicó Macro–. Tengo plena confianza en que serás capaz de guiar el barco a una distancia segura de esos hombres. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Si embarrancamos, sólo tendremos que esperar a que suba la marea, y ésta nos volverá a poner a flote.

–Si navegamos hacia un banco de lodo a cierta velocidad, el impacto podría abatir el mástil.

–Pues entonces iremos despacio. Y, aunque perdamos el mástil, es mejor eso que perder el barco, la carga, la tripulación, a tus pasajeros y la vida ante una banda de piratas.

El capitán se frotó la mandíbula.

–Si lo pones así...

–Es así exactamente como lo estoy poniendo. Vamos a seguir.

Tras despedirse, Macro caminó por la cubierta hacia su mujer, a quien dirigió una sonrisa tranquilizadora.

–No nos vamos a detener junto a la orilla esta noche.

–¿Por qué? ¿Por esos hombres? –dijo Petronela, suspicaz.

–Sólo por seguridad –asintió él.

–¿Son peligrosos?

–Es mejor no tener que averiguarlo. –Hizo una pausa para pensar brevemente, y llamó en voz alta a Androco–: ¿Tenéis armas, tus chicos y tú?

–Unas cuantas hachas, cuchillos y las cabillas.

–¿Y armaduras?

–Somos marineros, centurión, no soldados. ¿Por qué íbamos a tener armaduras?

–Bien cierto... –reconoció Macro–. Pues asegúrate de que tus hombres vayan armados y mantén los ojos bien abiertos cuando nos volvamos a poner en movimiento de nuevo. Si nos atacan, será una lucha a muerte. Los piratas no querrán dejar vivo a ningún testigo. No daremos cuartel. ¿Entendido? –Miró a la tripulación para asegurarse de que captaban la gravedad de su situación.

–¿Y yo? –preguntó Petronela.

Macro la miró pensativo. Era una mujer, sí, pero, desde que se habían conocido, él la había visto tumbar a más de un hombre con sus fuertes puñetazos. Era una mujer orgullosa y formidable en la lucha, más que muchos hombres. La besó en la mejilla.

–Pues intenta no matar a demasiados de los nuestros en la oscuridad, ¿vale?

* * *

El sol invernal bajaba hacia el horizonte, y la tripulación y los pasajeros seguían vigilando cualquier señal de peligro que viniera de cualquiera de las dos orillas cubiertas de juncos.

—¿Hemos dejado una vida cómoda en Roma por esto? —Petronela señaló el desnudo paisaje.

El Támesis dejaba al descubierto enormes extensiones de fango en la tierra húmeda a medida que bajaba la marea. Más allá de los juncos, en las orillas del río, los montículos bajos estaban salpicados de puñados de zarzas y árboles despojados de hojas.

Petronela meneó la cabeza y se arrebujó en el cuello de piel de su manto. Macro se encogió de hombros. Llevaba casi dos años retirado del ejército. Habían partido hacia Britania poco después de dejar la legión, pero se entretuvieron en Masilia varios meses, porque Petronela se puso enferma. En cuanto ella se recuperó, Macro se mostró ansioso por completar el viaje lo antes posible, aunque eso significase atravesar el mar en lo más duro del invierno. Además de la generosa recompensa que había recibido del tesoro imperial tras sus muchos años de honrado servicio, también se le había concedido una parcela de tierra en la colonia militar de Camuloduno. «Más que suficiente para establecernos cómodamente en nuestro retiro», reflexionó, con una sonrisa.

—Ah, no está tan mal esto —replicó.

—¿Que no? —Ella lo miró y levantó una ceja—. ¿Por qué Roma quiere convertir esta... ciénaga en una provincia?

Macro se echó a reír, y su rostro arrugado se arrugó aún más, poniendo de relieve las cicatrices que le atravesaban la piel. Rodeó a la mujer por los hombros con un brazo y la atrajo hacia él.

—No lo estás viendo en su mejor momento. Cuando llega el verano, es muy distinto. Hay granjas muy ricas, bosques repletos de caza. Las rutas comerciales con el resto del imperio se están abriendo a todo tipo de comodidades —hizo una pausa

y señaló hacia las hileras de jarras de vino bien empaquetadas en esteras de fibras que llenaban la bodega—. Dentro de unos pocos años, Britania no será distinta de cualquier otra provincia. Ya lo verás. ¿No es cierto, Androco?

El capitán estaba de pie en la pequeña cubierta elevada en la proa, examinando el río que tenían delante. Se volvió y asintió.

—Sí. Cada mes llegan más barcos hasta aquí desde la Galla. Deberías ver Londinium ahora, señora. En pocos años ha crecido mucho, y ya no es un puesto comercial, sino una ciudad enorme. Un poco tosca por el momento, pero será un sitio muy bonito en cuanto las cosas se vayan tranquilizando.

—Hum... —murmuró Petronela, y volvió a clavar la mirada en el deprimente paisaje de barro y niebla que se extendía ante ellos, por cada lado.

Macro frunció el ceño y aspiró aire lentamente, meditando sobre la posibilidad de que nada de lo que pudiera decir mejorase la cosas. «Así es todo con las mujeres», pensó para sí. «Si no puedes leerles la mente y decir lo que ellas quieren oír, es mejor no decir nada». Sin embargo, el silencio corría el riesgo de provocar la acusación de que los hombres no tenían sentimientos, que eran unos brutos insensibles incapaces de apoyar a sus esposas. Acostumbrado como estaba al campo de batalla, a Macro le dejaba perplejo que no existiera una estrategia ganadora en tales asuntos. Las mujeres superaban completamente a los hombres por los flancos, y lo único que les quedaba a ellos era retirarse a una esquina y enfrentarse al final con estoicismo desafiante.

El capitán levantó la vista hacia las nubes que se movían desde el este.

—Espero que no traigan nieve...

Macro siguió la dirección de su mirada y asintió. Oscurecería en cuestión de una hora aproximadamente, y no le gustaba nada la perspectiva de pasar otra noche gélida a bordo de aquel barco.

–Bueno, entonces, ¿qué es lo que te espera en Londinium?
–preguntó Androco–. Un puesto en una de las legiones, ¿verdad?

Macro negó con la cabeza.

–Mis días de soldado ya han terminado. Mi esposa y yo estamos aquí para ganar algo de dinero y vivir cómodamente. Tengo una taberna a medias. Mi madre la ha llevado estos últimos años.

–¿Ah, sí? A lo mejor he oído hablar de ella.

–Se llama El Perro y el Ciervo. Está en un buen lugar, no lejos del río. El negocio va bien, según me ha ido contando en sus cartas.

–El Perro y el Ciervo... Pues no, no la conozco. Pero la verdad es que no paso mucho tiempo en Londinium. Sólo lo necesario para descargar el barco y recoger la carga siguiente, y luego vuelvo a navegar a la Galia. Suelo beber siempre en un lugar junto al muelle.

–Si quieres venir a mi local, te invito a la primera copa –ofreció Macro amablemente.

–Gracias, señor –Androco sonrió–. Quizá te tome la palabra.

Un movimiento entre los juncos de la orilla más cercana atrajo la atención de ambos hombres. Un momento más tarde, una sobresaltada garza rompió el aire y voló por encima del agua. Los dos exhibieron una sonrisa de alivio y volvieron a mirar hacia el horizonte.

* * *

La temperatura se despeñó en el momento en que el crepúsculo dio paso a la noche. Androco, a quien preocupaba embarrancar en medio de la oscuridad, ordenó a la tripulación que tomaran dos rizos para que el barco fuera más despacio. El *Delfín* se deslizó hacia arriba por el cauce central del ancho Támesis. Macro no podía dejar de pensar que progresaban con insoportable lentitud, y maldijo a Androco por ser dema-

siado precavido y no arriesgarse a navegar a toda vela. Sin embargo, el barco no era suyo, sino de aquel hombre, así que Macro tenía muy claro que no debía decir al capitán cómo hacer su trabajo. Además, debía mantenerse alerta buscando cualquier señal de peligro. Si tenían que pelear, él sería el único a bordo con el adiestramiento suficiente para hacerlo bien; tenía poca confianza en la habilidad de la tripulación para derrotar a una banda de piratas de río, acostumbrados a matar y a saquear.

Petronela, de pie a su lado, sopesaba una cabilla entre las manos. Macro la rodeó con los brazos y la apretó contra sí un momento, y luego le habló bajito al oído:

–Si pasa algo y las cosas nos van mal, sal de aquí lo antes que puedas. Aunque eso signifique saltar por la borda y huir a nado. Cuando llegues a la costa, dirígete a casa de mi madre. Ella se ocupará de ti.

Los dos se quedaron callados y, al igual que el capitán y el resto de la tripulación, siguieron observando en busca de cualquier señal del bote que había pasado junto a ellos menos de dos horas antes.

–Mira ahí –dijo Macro al fin, señalando la orilla sur. En la oscuridad, apenas se vislumbraban dos figuras entre los matorrales bajos; trepaban un pequeño montículo que se encontraba por encima del río. Se detuvieron un momento para mirar hacia el *Delfín*, y luego bajaron al trote hacia los arbustos que estaban al pie del montículo y desaparecieron de su vista.

–¿Qué estarían haciendo? –preguntó Androco.

–Pues seguirnos la pista, me imagino. Si puedes hacer que este cascarón vaya más rápido, sería buena idea intentarlo ya mismo.

El capitán levantó la mano brevemente antes de responder.

–Prácticamente no hay brisa. Es la marea la que hace casi todo el trabajo. Y ayudará a esos piratas, si nos atacan, ya que su embarcación es más ligera.

El miedo en su voz era palpable, y Macro se volvió y, agarrándolo por los hombros, le habló en voz baja pero en tono contundente:

–Escúchame. Si llega la hora de luchar, la tripulación se fijará en su capitán. Tú serás el ejemplo del barco. Así que respira hondo y serénate, Androco. –Lo soltó y le dio unos golpecitos en el brazo–. Además, me tienes a mí; he estado en muchas más batallas que la mayoría de los hombres. Soy el más adecuado para enfrentarse a cualquier bandido que ande por esta ciénaga en barcazas. Así que contén los nervios, y verás cómo salimos de ésta y llegamos a Londinium sanos y salvos. ¿Queda claro?

–S... sí. –El capitán se aclaró la garganta–. Cumpliré con mi deber.

–Bien hecho. –Macro soltó una risita tranquilizadora–. De momento, simplemente llévanos río arriba lo más rápido que puedas.

Androco se acercó a sus hombres, que estaban alineados mirando la orilla sur, buscando cualquier señal de piratas, y en voz baja les ordenó que soltaran uno de los rizos. Un momento más tarde, se oyó un roce de cuero y un débil chasquido cuando la brisa hinchó la vela y el agua gorgoteó en torno a la línea de flotación. Al examinar a uno y otro lado en ambas orillas, Macro pudo ver que al fin comenzaban a progresar. Por delante, por el este, unas nubes gruesas corrían hacia ellos, y justo debajo de ellas la total oscuridad indicaba lluvia, o quizá nieve. Si la fortuna estaba de su lado, el tiempo complicaría que los piratas los encontraran en la oscuridad. «Por otra parte», pensó Macro, el tiempo también puede ocultar la presencia de un barco enemigo hasta el último momento». Con esa certeza en mente, decidió que sería mejor hablar con la tripulación mientras todavía todos pudieran pensar con claridad.

–Chicos –susurró, con voz sólo suficiente para que lo oyeran con claridad–, quiero decir unas palabras. Esos piratas estarán pensando que el *Delfín* es un carguero cualquiera, con

una tripulación a la que pueden vencer fácilmente. Dependen de nuestro miedo para debilitar la resistencia que podamos ofrecer. Será su mejor arma contra nosotros. De modo que tenemos que demostrarles que no tenemos miedo. Si vienen a por nosotros, quiero oír que los saludáis lo más violentamente posible. No esperaremos a que suban a bordo para empezar a pelear con ellos. Encontraremos algo que tirar encima a esos hijos de puta en cuanto se acerquen lo suficiente. Y, si intentan subir a bordo, los recibiremos en la borda y les pegaremos en la cabeza, antes incluso de que pongan un solo pie en nuestro barco. Si de repente sentís la necesidad de huir del combate, recordad que aquí no hay donde esconderse. Así que los echaremos o caeremos luchando, ¿de acuerdo?

Hizo una pausa y miró por encima de las figuras oscuras que se erguían ante él. El grumete todavía sujetaba la caña del timón. Macro recordó lo que había aprendido de esos hombres durante el corto viaje desde la Galia. Además del capitán, estaba su segundo de a bordo, Hydrax, un hombre muy robusto y de buen humor que parecía un marinero competente. Llevaba metida un hacha en su ancho cinturón de cuero. Junto a él estaban otros dos marineros, Barco y Lémulo, que se habían mostrado siempre muy amistosos en su trato con los pasajeros. Barco iba armado con un recio bichero, mientras que su compañero llevaba una cabilla. El capitán llevaba la espada de repuesto de Macro; se había apostado junto a la barandilla, de pie, con la mano apoyada en el pomo. Fue entonces cuando Macro se dio cuenta de que no conocía el nombre del grumete. El chico, que no tendría más de doce o trece años, no había dicho ni una sola palabra en todo aquel tiempo, y sus compañeros de tripulación lo llamaban simplemente «chico» cuando hablaban con él.

–Muchacho –lo llamó Macro–. ¿Qué arma tienes tú?

La sombra que estaba a popa se llevó la mano libre al costado. Sonó un gruñido apagado y levantó el brazo, revelando la forma apenas discernible de una daga.

–Bien –respondió Macro–. Entonces, todos sabemos lo que tenemos que hacer.

–¿Y tu mujer? –preguntó Androco.

–Les haré comer sus propias pelotas –exclamó Petronela, amenazadora, y Macro se sintió complacido al ver que los hombres reían como respuesta. «Están todo lo preparados para la lucha como puede estarlo un grupo de civiles», decidió.

Algo le rozó la frente y, al levantar la vista, vio unas formas muy finas que caían dando vueltas en la oscuridad. Nieve, no lluvia. Los primeros copos muy finos pronto dejaron paso a unos más grandes, como plumas, que se fueron posando en cubierta y en los mantos de aquellos que oteaban el río. Poco después, las oscuras tablas de la superestructura del *Delfín* quedaron cubiertas por una fina capa blanca. Macro tuvo que escudarse los ojos y entrecerrarlos para mirar más allá del agua; parpadeó cuando la ventisca le sopló directamente en la cara.

–¿Ves algo? –preguntó Petronela.

–No mucho, pero ellos tampoco.

La nieve amortiguaba los sonidos en torno al barco. Por todos lados, las motitas danzarinas emborronaban hasta el menor atisbo de las orillas, más allá de la oscura corriente del río, de modo que parecían estar completamente aislados del mundo, sin sensación alguna de dirección.

–Tendremos que bajar la vela –dijo Androco–. Gobernamos a ciegas, no veo nada más allá de quince metros. Si embarrancamos ahora, perderemos el mástil, si no la nave entera y el cargamento, pues puede abrirse una brecha en el casco.

–Mantén el rumbo –replicó Macro con firmeza–. Un poco más. Sólo hasta que ceda la ventisca.

–¿Y quién dice que va a ceder? Es demasiado peligroso.

El capitán se volvió hacia su tripulación, y estaba a punto de gritar una orden cuando la tormenta de nieve pasó más allá de ellos. A cada lado pudieron ver de nuevo las orillas del Támesis. Más por suerte que por experiencia náutica, el *Delfín*

parecía estar casi exactamente en medio del río; no había peligro de embarrancar, como había temido Androco. Por delante de ellos, la oscura franja de la ventisca retrocedía con rapidez.

Entonces, de entre la nieve y moviéndose en diagonal, surgió la oscura silueta del bote pirata. Unos hombres manejaban los remos y su capitán los exhortaba que se acercaran hacia su presa.